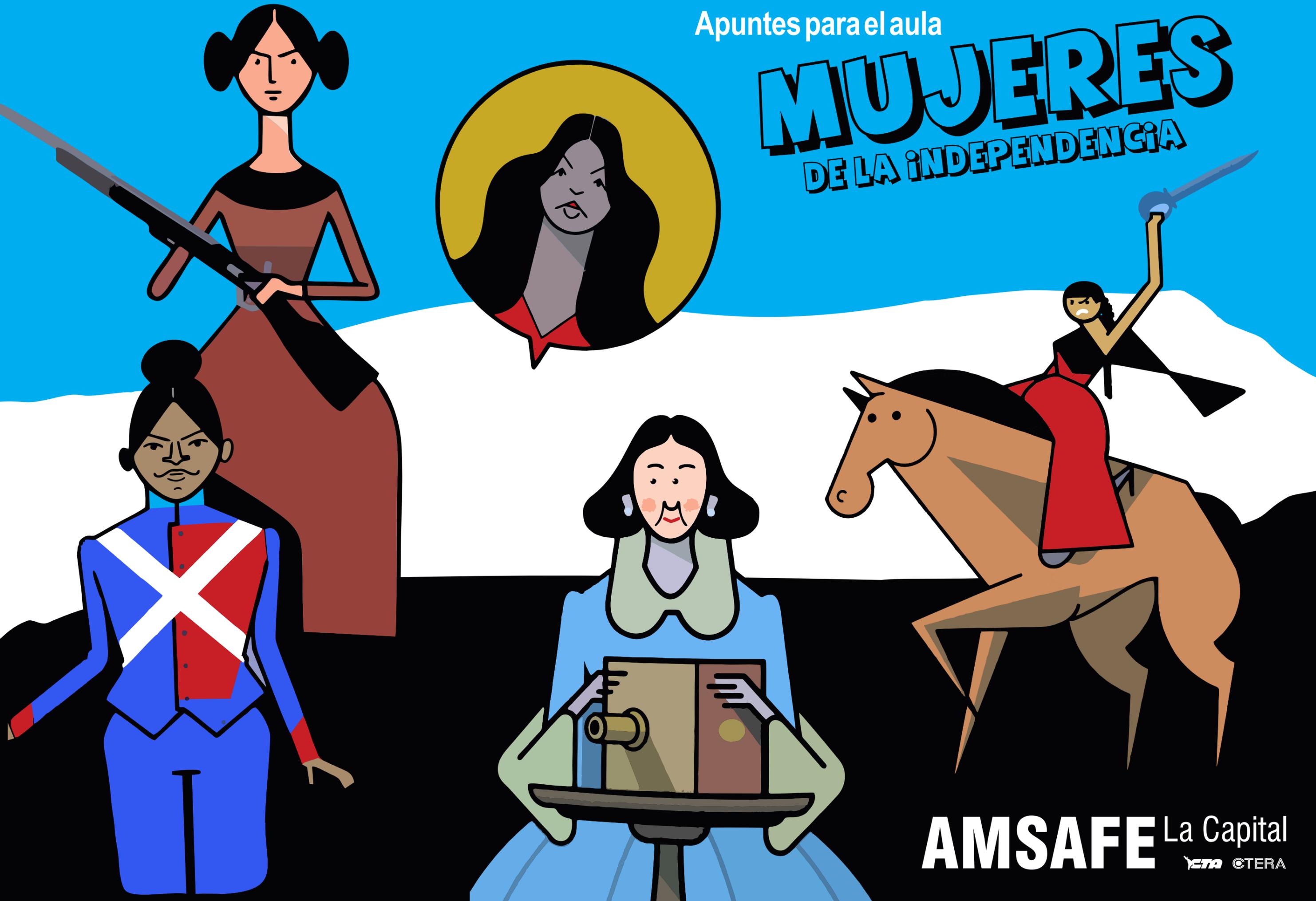


Apuntes para el aula

MUJERES DE LA INDEPENDENCIA



APUNTES PARA EL AULA
EDICIÓN N° 50

MUJERES DE LA INDEPENDENCIA



**Secretaría de Prensa
Equipo de Trabajo:**
Arteaga, Luciana
Iruarrizaga, Camila
Poletti, Marianela
Rodaz, Lucas
AMSAFE La Capital

Ilustraciones: Augusto Costhazo
Diagramación: Emiliano Firpo

Boulevard Gálvez 950 - (3000) Santa Fe
prensa@amsafelacapital.org.ar
(0342) 455 15 17 / 453 88 56
www.amsafelacapital.org.ar

EDITORIAL

Una nueva efeméride. Parece sencillo, casi de rutina docente: una fecha, un acto, una cartelera, un acontecimiento repetido, relatado, actuado, escuchado, investigado decenas de veces a todas las edades, a lo largo de toda la trayectoria escolar propia y también que transmitimos apasionando cientos de niñas cada vez que enseñamos la historia de nuestra Patria.

Cuánto trabajo me imagino... Y en este punto lxs invito a pensar como en cada fecha, en esta edición de APUNTES PARA EL AULA, hemos hecho:

¿Qué intervención político-pedagógica propondremos en este 9 de julio?

Y como seguramente estará la mirada descolonizadora que siempre priorizamos desde lxs sujetxs colectivos que construyeron esa gesta, ahora lxs invito a agudizar un poco más la mirada y a espiar por la cerradura lo que nadie nos contó: LA HISTORIA NO CONTADA DE LAS MUJERES QUE HICIERON NUESTRA HISTORIA.

Porque hemos sido negadas en el relato de la historia (salvo en "rosas excepciones") Colonizadoras, colonizadas, aborígenes, mestizas, blancas burguesas, terratenientes, afroamericanas, mujeres de la ruralidad, de la religión, de la política, del arte, del ejército, analfabetas en muchos casos, en otros con dificultades para comunicar ideas libremente, otras, pensadoras brillantes.

Pocas veces conocidas, fueron marginadas del protagonismo de la historia.

No nos alcanzarían los dedos de las manos para contarlas. ¿Sabemos sus nombres lxs maestrxs y profesorxs? Sin embargo, ellas combatieron, esclavizaron, cuidaron haciendas, hicieron negocios, amaron, mataron, parieron, aconsejaron, decidieron, y lucharon cada día por su lugar en esta, la historia argentina.

Va aquí nuestra invitación en esta edición: hablemos de las mujeres en las aulas y las escuelas. Investiguemos y vayamos a las fuentes históricas aunque sean pocas, saquemos sus nombres del entierro, del olvido y hagamos banderas con ellos, porque como dice Gabriela Margall: "Es imprescindible una historia de divulgación que tome a las mujeres como sujetxs históricxs activxs para que podamos reconocernos a nosotras mismas como tales... Si hasta ahora hemos concebido y nos han enseñado una historia sin mujeres, hemos concebido y hemos aprendido la mitad de la historia..."

En estas páginas vamos a encontrarlas...

María José Marano
Secretaria Gremial
Responsable de ESI
AMSAFE La Capital

Mariquita Sánchez De Thompson

María de Todos los Santos Sánchez de Velazco y Trillo, más conocida como Mariquita Sánchez de Thompson, nació el 1º de noviembre de 1786 en uno de los hogares más prestigiosos de aquel entonces. Era la única hija de don Cecilio Sánchez de Velazco y de doña Magdalena Trillo y Cárdenas, viuda en primeras nupcias de un riquísimo y poderoso comerciante de Buenos Aires llamado Manuel del Arco, cuya fortuna heredaría Mariquita.

Desde 1808, se hicieron famosas las tertulias de su casa de la calle Unquera, más conocida por todos como “del Empedrado” o “del Correo”. Se dice que en su salón se interpretó por primera vez el Himno Nacional, aunque ella en ningún escrito mencionó tan trascendente episodio. La tradición, sin embargo, así lo señala y hasta le pone dos fechas posibles: 14 o 25 de mayo de 1813.

Lo del estreno del himno puede ser leyenda, pero lo que sabemos con seguridad es que en esas reuniones hombres como Juan Martín de

Pueyrredón, Nicolás Rodríguez Peña, Bernardo de Monteagudo, y Carlos María de Alvear, entre muchos otros, tejieron y destejieron alianzas políticas, en la formación de asociaciones públicas, como la Sociedad Patriótica o secretas, como la Logia.

Pero la arrolladora personalidad de Mariquita se había manifestado mucho antes. Todavía no tenía quince años cuando en 1801 se enamoró y comprometió con su



primo Martín Thompson, contra la opinión de sus padres. Su tenacidad la llevaría a protagonizar uno de los juicios de disenso más famosos de la época.

Tanto el padre de Mariquita, don Cecilio Sánchez, como su madre, Magdalena Trillo, se negaron a dar su consentimiento, ya que tenían en vistas para ella a un comerciante rico, emparentado por el lado materno.

Las hostilidades comenzaron cuando Thompson, alférez de Marina, fue trasladado de Buenos Aires, primero a Montevideo y después a Cádiz, aparentemente por las influencias de don Cecilio, al tiempo que se le intentó imponer a Mariquita los esponsales con el candidato familiar, don Diego del Arco. La niña se negó e hizo una declaración ante autoridad competente de su voluntad de casarse con Thompson. La respuesta fue encerrarla en un convento por un tiempo. Ya muerto don Cecilio, y vuelta a casar doña Magdalena, comenzó el juicio de disenso, promovido por Martín

Thompson a su regreso a Buenos Aires.

Mariquita le escribió una muy osada carta al virrey Sobremonte contándole su caso: “Excelentísimo Señor: Ya llegado el caso de haber apurado todos los medios de dulzura que el amor y la moderación me han sugerido por espacio de tres largos años para que mi madre, cuando no su aprobación, cuanto menos su consentimiento me concediese para la realización de mis honestos como justos deseos; pero todos han sido infructuosos, pues cada día está más inflexible. Así me es preciso defender mis derechos: o Vuestra Excelencia mándeme llamar a su presencia, pero sin ser acompañada de la de mi madre, para dar mi última resolución, o siendo ésta la de casarme con mi primo, porque mi amor, mi salvación y mi reputación así lo desean y exigen (...). Nuestra causa es demasiado justa, según comprendo, para que Vuestra Excelencia nos dispense justicia, protección y favor. No se atenderá a cuanto pueda yo decir en el acto del depósito, pues las lágrimas de madre quizás me hagan decir no sólo que no quiero salir, pero que ni quiero casarme. (...) Por último, prevengo a V.E. que a ningún papel mío que no vaya por manos de mi primo dé V.E. asenso ni crédito, porque quién sabe lo que me pueden hacer que haga. Por ser ésta mi voluntad, la firmo en Buenos Aires, a 10 de

julio de 1804”.

El trámite fue saldado el 20 de julio de 1804, al dar el virrey Sobremonte su permiso para la boda contra la voluntad paterna.

Mariquita Sánchez se convirtió en una “referente” inevitable de las mujeres de la elite rioplatense. Partidaria de la independencia, en una suscripción de 1812 promovida por el Triunvirato para pagar armas venidas de Estados Unidos, acaudilló a un grupo de damas vinculadas a la Sociedad Patriótica dirigida por Bernardo Monteagudo, que adhirió e hizo publicar en la Gaceta un llamado que expresa, a la vez, los cambios y las continuidades que se vivían en los tiempos revolucionarios.

Aquella adhesión no le impidió ser luego amiga de Rivadavia e integrarse en 1823 a la Sociedad de Beneficencia, y presidirla en dos ocasiones. Esta buena relación tampoco le impidió hacerse federal en 1829. La propia Mariquita decía de sí misma: “Yo soy en política como en religión muy tolerante. Lo que exijo es buena fe”.

Como “vecina” de los sectores más pudientes en tiempos “ilustrados”, Mariquita tuvo acceso a la educación y las lecturas, sin necesidad de convertirse en monja, como hubiera ocurrido en épocas anteriores. No cabe duda de que supo sacarles provecho, y



sus cartas, recuerdos y demás escritos muestran una personalidad excepcional.

En tiempos de Rosas, Mariquita fue mentora de los representantes de la llamada Generación del 37 (Echeverría, Alberdi, los hermanos Juan María y Juan Antonio Gutiérrez, entre otros). Aunque por entonces era ya una “mujer mayor”, seguía ejerciendo sobre los jóvenes escritores románticos la misma fascinación intelectual que en sus “años mozos”.

Mariquita fue sin duda una influyente mujer. Era una gran lectora, estaba al corriente de cuanto acontecimiento sucediese, y fue una sagaz cronista.

Así, esta mujer, que participó activamente de los acontecimientos políticos y literarios de aquellos años, que opinó y entabló polémicas sobre diversos temas, estuvo en boca de cuanto diplomático pisó suelo porteño, y con el correr de los años se convirtió en una verdadera embajadora rioplatense. Falleció a los 81 años, el 23 de octubre de 1868.

María Loreto Sánchez De Peón Frías

Desconocida prácticamente por la historiografía que nos fue legada por los vencedores de Caseros y, más tarde, por los de Pavón, María Loreto Sánchez Peón de Frías había nacido el 3 de enero de 1777 en la ciudad de Salta. Su padre, natural de Asturias, era comerciante, y se llamaba Ramón Sánchez Peón, mientras que su madre había sido doña María Antonia Ávila.

Su protagonismo proviene de cuando las fuerzas realistas invadieron y sometieron durante varios años las tierras que abarcaban las provincias de Salta y Jujuy, en épocas del general gaucho Martín Miguel de Güemes. Ya en 1812, año en que se produce la invasión española a Salta, un verdadero ejército invisible, de imposible detección, hacía de las suyas a favor de la causa patriótica de liberación. Las hermosas damas de la sociedad salteña en una actitud noble y heroica, se pusieron rápidamente bajo las órdenes de Güemes, estableciendo una insospechada red de espionaje que hizo estragos entre las filas realistas.

A María Loreto Sánchez Peón le fue encomendado, en primer término,

sacarle información al enemigo cuando las fiestas que la alta sociedad salteña hacía junto a la oficialidad del ejército de España, verdaderas tertulias en donde solían concretarse futuros casamientos hispano-salteños. Entre las primeras colaboradoras que tuvo Sánchez de Peón, encontramos a sus amigas de máxima confianza, doña Juana Moro de López, Petrona Arias y Juana Torino.

La información recopilada y proporcionada por la heroica patricia para las tropas criollas, le valió ser distinguida como Jefa de Inteligencia de la Vanguardia del Ejército del Norte, cargo que ocupó desde 1812 hasta 1822, es decir, durante toda la épica de la guerra gaucha. En esos diez años logró perfeccionar la red de espionaje, conformando cuadros de “bomberos”, o sea, mujeres dispuestas a infiltrarse en las filas enemigas, con inteligencia, discreción y eficacia, para obtener la mayor cantidad de datos posibles. Y tan prolífica fue su labor que llegó a tomar contactos hasta con la legendaria Juana Azurduy de Padilla.

El ingenio demostrado por las damas salteñas en aquellas jornadas de sacrificio fue incommensurable. María Loreto Sánchez Peón, de cómoda posición social, ante el llamado patriótico de defender la soberanía empezó a vestirse de modo harapiento y a dejarse la cara sucia con tierra y barro, y con ese aspecto se apareció por las calles de Jujuy vendiendo pan, pastelitos y alfajores. Así fue granjeándose la amistad insospechada de los soldados realistas, quienes le compraban sus productos.

A pesar del desaliño que acusaba, nunca le negaron el acceso a los cuarteles para que dejara sus alimentos. Para doña María Loreto, entrar a las fortalezas enemigas era un objetivo primordial. Ella

se había propuesto como táctica aparecer siempre en momentos en que los oficiales realistas pasaban lista, portando un choclo y dos bolsas, una a cada lado. Entonces, mientras escuchaba silenciosa, iba desgranando el maíz: por cada soldado presente, doña Loreto depositaba un grano en una bolsa, y por cada soldado ausente, los volcaba en la otra bolsa.

De tal forma, cuando finalizaba la jornada de trabajo, nuestra heroína depositaba diversos mensajes en el hueco de un árbol a orillas del río Arias, todos destinados al coronel Luis Burela, extraordinario colaborador de Martín Miguel de Güemes e iniciador de la guerra de guerrillas

para expulsar a los invasores del noroeste argentino. En ese mismo árbol, María Loreto Sánchez Peón retiraba los mensajes que le llegaban a ella, seguramente con directivas venidas desde Salta. El rol cumplido por María Loreto le facilitó a Güemes, en más de una ocasión, el saber con exactitud la cantidad de soldados enemigos que en determinadas batallas iban a pelear.

En 1817, y en otra muestra de valor, doña Loreto se entera en una fiesta, y por boca de un oficial realista que estaba perdidamente enamorado de ella, que el general La Serna pretendía invadir el territorio patrio entrando por el Valle Calchaquí, y para que no haya

oponente alguno, el mismo general organizaba un evento festivo o baile en el poblado. Gracias a la rapidez con que actuó la dama salteña, quien dio aviso a las tropas criollas sobre la pronta expedición española, se organizó la defensa y se la pudo vencer.

Muerto el gaucho general Güemes y expulsados los godos, causa ésta por la que tanto había dado María Loreto Sánchez Peón, el país se sumerge en dolorosas guerras intestinas. Ella vivió todo el drama argentino posterior inmersa en el silencio más absoluto, ignorada a pesar de sus hazañas inolvidables. Doña María Loreto falleció a los 93 años de edad, el 10 de agosto de 1870.



Juana Moro de López

Juana Moro, nacida en Jujuy, durante las guerras de independencia, lideró en Salta, junto con Doña Loreto Sánchez de Peón, una red de espionaje femenina conocida como “Las Mujeres de la Independencia”.

Juana Moro nació el 26 de mayo de 1785 en San Salvador de Jujuy, hija del escribano, coronel de los Reales Ejércitos y funcionario español, Juan Antonio Moro Díaz y de Faustina Rosa de Aguirre Pondal, viuda de Francisco Sánchez Taibo.

Su padre, Juan Antonio Moro Díaz, fue hombre de confianza del gobernador de la Intendencia de Salta del Tucumán Ramón García de León y Pizarro y contribuyó a la fundación de San Ramón de la Nueva Orán, siendo nombrado Segundo Regidor y Alcalde Mayor.

Juana se casó en octubre de 1802 con el coronel Jerónimo López, estableciéndose en la ciudad de Salta. Al iniciarse la guerra de la independencia adhirió fervientemente a la causa patriota.

Ocupada su ciudad por las fuerzas realistas, en 1813 ante el avance de los ejércitos patriotas al mando de Manuel Belgrano, y en concurso

con otras damas salteñas intentó conquistar para la causa patriota a algunos oficiales realistas.

Juana, humildemente vestida, se trasladaba a caballo espiando recursos y movimientos del enemigo. Sólo en una oportunidad fue apresada y obligada a cargar pesadas cadenas que no consiguieron que confesara o delatara a sus compañeros.

En el año 1814, después de invadir Jujuy y Salta, el Jefe realista, Joaquín de la Pezuela, le informa al virrey del Perú:

“Los gauchos nos hacen casi con impunidad una guerra lenta pero fatigosa y perjudicial. A todo esto, se agrega otra no menos perjudicial que es la de ser avisados por horas de nuestros movimientos y proyectos por medio de los habitantes de estas estancias y principalmente de las mujeres, cada una de ellas es una espía vigilante y puntual para transmitir las ocurrencias más diminutas de éste Ejército”.

La comunicación, interceptada por los patriotas, es un claro testimonio de la actuación de las mujeres. Una de las que desvelaba al jefe realista era la jujeña Juana Moro de López, delicada dama que humil-

demente vestida se trasladaba a caballo espiando recursos y movimientos del enemigo.

En una oportunidad fue apresada y obligada a cargar pesadas cadenas, pero no delató a los patriotas. Sufrió el castigo más grave. Cuando Pezuela invadió Jujuy y Salta. Juana fue detenida y condenada por espionaje a morir tapiada en su propio hogar. Días más tarde una familia vecina, condolida de su terrible destino, atravesó la pared y le proveyó agua y alimentos hasta que los realistas fueron expulsados.

Fue emparedada a los 29 años, pero murió centenaria. A consecuencia de la difícil situación que atravesó fue su apodo: “La Emparedada”.

Años después de finalizada la guerra y consolidada la independencia argentina continuaría desempeñando un papel destacado en la sociedad salteña. Así, integró el grupo de damas salteñas que se dirigió al gobierno “lamentando la postergación a que se relega al sexo femenino al no permitirseles jurar la Constitución Nacional”. Juana Moro murió en 1874.



Martina Céspedes

En los días de Julio de 1807, las calles del porteño barrio de San Telmo estaban sembradas de sangre y fuego. Buenos Aires se estaba defendiendo con bravura del ataque de las tropas inglesas, que estaban intentando invadirla por segunda vez.

Además de los fusiles, pistolas, espadas y cuchillos con los que se combatía en la primera línea, el pueblo desde sus casas resistía como podía, tirándoles a los invasores grasa hirviendo, agua caliente, piedras y todos los objetos contundentes que estaban a su alcance.

Martina Céspedes y sus hijas también querían contribuir a la lucha y cuando vieron a esa docena de soldados rubios y pelirrojos en la puerta de su negocio, encontraron su oportunidad.

Los hombres andaban dando vueltas por las calles de San Telmo, irrumpiendo en las casas y pulperías en busca de alimento y alcohol. Ya venían tomándose todo lo que encontraban a su paso, incluso la humedad de las paredes como decían algunos exagerando, cuando vieron el boliche de Martina y golpearon la puerta. Más que pedir le ordenaron que le diera algo fuerte para aplacar la sed.

Fue entonces cuando la dueña de casa prometió darles lo que pedían, pero con la condición de que ingresaran a la casa de a uno para no violar la orden del virrey de negar la atención a los invasores. Los sedientos hombres aceptaron y fueron entrando. Adentro, los esperaban Martina y sus hijas para servirles una copa tras otra de agua ardiente. Después de hacerlos beber, aprovechando el estado de borra-

chera de los soldados, las mujeres les fueron quitando sus armas y los ataron en el sótano de la casa, hasta que lograron convertir a los doce en sus prisioneros.

Cuando finalmente las tropas inglesas se rindieron y se les ordenó que entregaran sus armas, Martina fue al fuerte para recibir a los patriotas. Con un poco de esfuerzo logró abrirse paso entre los vecinos que celebraban y llegó hasta el virrey Santiago de Liniers a quien anunció que en el sótano de su casa tenía doce prisioneros bien amarrados y que podían pasar a llevárselos.

Por su valiente acción, el virrey le otorgó a Martina el cargo de sargento mayor en el ejército, con goce de sueldo y uso de uniforme.



Manuela Pedraza

En los días de Agosto de 1806, las calles del virreinato, ardían. Había que echar a los invasores ingleses y los porteños recurrían a todo lo que tenían a su alcance para conseguirlo y también a las balas.

Las mujeres del pueblo participaban en la defensa de la ciudad, luchando a la par de los hombres con idéntico fervor y heroísmo. Fue así por lo menos para Manuela la tucumana o Manuela Pedraza, como también se la conoce, cuyo coraje fue tal que su nombre y hazañas quedaron registrados en los partes oficiales.

Aunque no hay datos precisos, las crónicas dicen que Manuela había nacido en la provincia de Tucumán y que estaba casada con un cabo, quien participaba de los combates por la reconquista. Tres días en los que se batalló sin parar para bajar la bandera británica. Que ya flameaba en el fuerte de la ciudad, y echar a los usurpadores.

En una de las jornadas, más exactamente la del 10 de agosto, se combatía en la Plaza Mayor (la actual Plaza de Mayo). El batallón de patricios al mando de Liniers luchaba allí a todo o nada para llegar a la fortaleza (hoy la casa rosada) donde estaban atrincheros los ingleses.

El marido de Manuela, que como dijimos antes era soldado, se marchaba para ese "frente", es decir, a la plaza, el lugar de mayor peligro, cuando su mujer, la tucumana, sin acobardarse por el fuego de la metralla del enemigo, decidió acompañarlo para sumarse a la lucha.

En los combates del 11 de Agosto, el cabo fue fatalmente herido por el disparo de un soldado británico. A Manuela que había presenciado todo, las lágrimas le atezaron la garganta. Sin embargo, más decidida que nunca a vencer o morir por la patria, tomó el fusil que había dejado caer su marido y luchó cuerpo a cuerpo con el soldado que la había dejado viuda. Finalmente, logró darle muerte y como trofeo de guerra, le quitó el arma que luego le entregó a Liniers, el héroe de la reconquista.

Por su bravura y para que su nombre no fuera olvidado, Liniers la declaró heroína distinguida y consiguió que el rey le diese el grado de subteniente de infantería con goce de sueldo de por vida, algo insólito para la época, sobre todo tratándose de una mujer criolla. Pese a ello después de la revolución de mayo, Manuela terminó viviendo en la miseria.



María Remedios del Valle

En 1813, ya hacía tres años que María Remedios Del Valle luchaba junto al general Belgrano y otros valientes en el Ejército del norte. Se había sumado en Buenos Aires, donde había nacido, para participar en la expedición del alto Perú junto a su marido, un hijo de la sangre y otro adoptivo. Desde entonces sí que esta afrodescendiente (o parda, como le decían), había visto cosas y soportado otras bien bravas. Ella, como muchas otras mujeres, acompañaba a la tropa alimentando a los soldados, curando heridos y también peleando junto a ellos, codo a codo.

Así lo había hecho en Huaqui, cuando con sus compañeros de armas tuvieron que irse del Alto Perú y padecieron la tristeza del Éxodo Jujeno.

En una de estas acciones, Remedios perdió a su marido y a sus dos hijos, sus tres hombres amados.

Lejos de rendirla, el feroz golpe le dio tres nuevos motivos para seguir luchando, y eso hizo en Tucumán y Salta, donde con el

ejército libertador conoció el dulce sabor de la victoria. Siempre junto a su general Belgrano, que le había hecho el honor de nombrarla capitana, siempre sacando fuerzas de donde ya no había.

Hasta que se sucedieron las trágicas derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, en 1813. La capitana recibió una bala, fue capturada por los realistas y azotada públicamente durante nueve días. No se sabe



cómo pero logró escapar y volver a dar batalla, esta vez para hacer de correo, jugándose la vida cada vez que cruzaba el peligroso territorio ocupado por el enemigo para llevar noticias de un lado a otro.

Siete veces estuvo María Remedios en "capilla", o sea a punto de ser fusilada, y seis fueron las graves heridas de bala y sable que recibió su moreno cuerpo. Sin

embargo de vuelta en Buenos Aires, no le resultó fácil que la reconocieran como capitana y que le pagaran un sueldo. Y cuando lo consiguió, fue por poco tiempo. La patriota que había hecho toda la campaña del Alto Perú, que se había jugado entera por su patria, fue abandonada a su suerte y tuvo que empezar a mendigar.

Cuentan que el general Viamonte, que había estado a mando del ejército del Perú, se la encontró harapienta y limosneando, y al reconocerla exclamó: "¡Es la Capitana, es la madre de la patria!". Luego desde su banca en la legislatura bonaerense, insistió para que se hiciera justicia con la querida María. Lo mismo hicieron otros militares que habían sido testigo de todo lo que esta mujer había dado por la libertad de este suelo.

Finalmente, en 1828 le concedieron un mísero sueldo de capitán de infantería. Dos años después Rosas mejoró su situación dándole el grado de sargento mayor, por lo que María Remedios decidió adoptar un nuevo nombre Mercedes Rosas, que mantuvo hasta su muerte, en 1847.



Juana Azurduy

Cabalgando por las escarpadas tierras de su Bolivia, Juana se sentía libre. Sin embargo, aunque era una niña, ya sabía que su pueblo no lo era, sometido como estaba por los invasores españoles que repartían injusticias y azotes.

Su mamá, que era indígena, le había enseñado a hablar quechua, y por eso Juana podía entender lo que contaban de sus padecimientos y de la rebelión que había empezado el cacique Túpac Amaru. De su papá que era criollo, había aprendido a cabalgar como una amazona y también que el mundo iba a ser mejor el día que dejase de haber esclavos.

Aunque los dos murieron demasiado temprano y la familia mandó a Juana a un convento para hacerla monja. ¡Qué padecimiento para ella, que amaba la libertad y que ya tenía la rebelión en la sangre! Tanta bravura no se ajustaba a la disciplina del convento, y a los 17 años la expulsaron.

Casi enseguida vino el amor por el comandante Manuel Ascencio Padilla, con el que tuvo cinco hijos, y las luchas por la independencia que la convirtieron en una verdadera pionera en esto de ser mujer y

empuñar la espada para defender sus ideas.

En 1809, con Padilla participaron en las revoluciones de Chuquisaca y La Paz y después de la Revolución de Mayo, ambos se sumaron al Ejército del Norte que lideraba Manuel Belgrano. Juana consiguió reclutar a 10.000 indios, comandó las tropas, colaboró estrechamente con Martín de Güemes y libró más de treinta batallas. Su lugar de combate siempre era adelante, donde con un coraje a toda prueba le arrebató al enemigo armas y banderas. Tanto arrojo hizo posible la liberación de Arequipa, Puño, Cusco y La Paz y que hasta en las filas realistas la nombrasen con respeto y temor.

En 1816, por sus triunfos y valor en el campo de batalla, el director Supremo Juan Martín de Pueyrredón, a pedido de Güemes, la distinguió con el grado de teniente coronel y Belgrano le dio su propio sable, ese que lo había acompañado en sus gestas.

Juana era teniente coronel y tenía el sable de Belgrano, pero en la lucha había ido perdiendo todo: su casa, su tierra y a sus cuatro hijos que habían muerto por miserias de la

guerra. Ese mismo año también perdería a su marido y compañero cuando, embarazada de su quinto hijo y peleando fue herida por los realistas. Padilla fue a rescatarla y lo hirieron de muerte.

Después de dar a luz a una niña, la guerrera indomable se puso nuevamente a las órdenes de Güemes, hasta que en 1821, "el padre de los pobres" fue asesinado. Sumida en la pobreza Juana decidió volver a la tierra que la había visto nacer.

Habían pasado cuatro años desde que estaba en Chuquisaca, cuando alguien tocó la puerta de la casa que compartía con su hija y su nieta. Era Simón Bolívar, que quería tener el honor de conocerla. Se dieron un abrazo profundo y las palabritas del Libertador fueron las justas y necesarias: "Este país no debería llamarse Bolivia en mi homenaje, sino Padilla o Azurduy, porque son ellos los que lo hicieron libre."

Al ver las condiciones en que vivía, Bolívar le otorgó una módica pensión, que en 1857 le quitaron, cinco años más tarde, Juana murió en la soledad, el olvido y la pobreza.



Macacha Güemes

La estrecha relación de Macacha Güemes con su hermano Martín venía de la infancia, de la época de los juegos y las largas cabalgatas por los pedregosos caminos salteños. La niña aprendió a leer a los cinco años, poco frecuente para la época, y su maestro fue su padre, algo también poco habitual. Se interesó por la música y estudió flauta y piano.

Desde 1810, los hermanos Güemes estuvieron entre los primeros partidarios salteños de la revolución, en contra del gobernador Nicolás Severo de Isasmendi. Cuando llegó a la provincia la expedición al Alto Perú comandada por Castelli y Balcarce, organizaron milicias de apoyo, que en los años siguientes se convertirían en los “Infernales”.

La primera aparición pública de Macacha tiene que ver con la activa defensa de su marido, el capitán Román de Tejada, que había sido confinado a Famatina por ofender a un camarada de armas. Macacha hizo un enérgico reclamo y logró que cesara su condena.

A pesar de resistir nueve invasiones de los ejércitos españoles, a pesar de ser la pieza clave en la retaguardia de San Martín, o quizás por eso, las historias oficiales lo sepultaron bajo el mote de “caudillo popular”.

Pero ahí andaba don Martín, obstinado en vivir y pelear, en ser el “Padre de los Pobres” diciéndoles a los generales del imperio: “Yo no tengo más que gauchos honrados y valientes. No son asesinos sino de los tiranos que quieren esclavizarlos. Con estos únicamente espero a Ud., a su ejército y a cuantos mande de España”.

Y ahí andaba doña Macacha, junto a su hermano —no detrás como le hubiese cabido según los oficiales de la Historia a “toda gran mujer”— en las campañas, encargándose de coordinar las acciones de espionaje llevadas adelante por mujeres como Celedonia Pacheco de Melo, Juana Torino, María Petrona Arias, Andrea Zenarruza de Uriondo y doña Toribia la Linda, acompañadas en aquellas misiones por ancianos y niños.

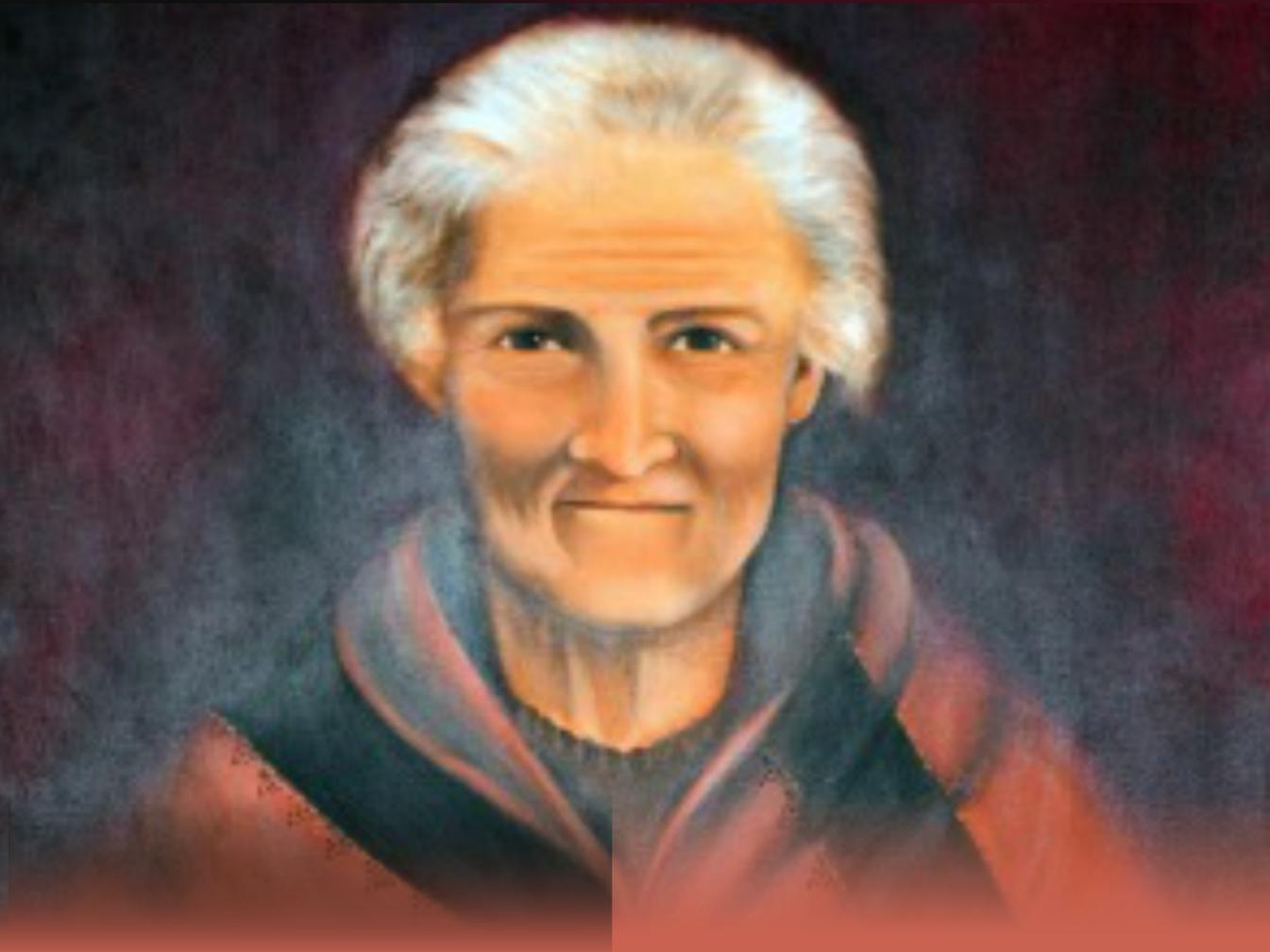
En sus acciones, Güemes debió enfrentar a una parte importante de la elite salteña, más dispuesta a acordar con los realistas que a tolerar el poder del “gauchaje”. El 5 de mayo de 1815, la voluntad popular lo consagró gobernador de Salta —fue el primer electo y no designado a dedo por Buenos Aires en lo que hoy es territorio argentino—, lo que inició un período de enfrentamientos civiles que se superponían con la guerra contra las fuerzas del rey.

Mientras su hermano se encontra-

ba al frente de sus “Infernales” fuera de la ciudad, las riendas del gobierno salteño estuvieron en manos de Macacha, quien una y otra vez se encargó de desbaratar conspiraciones en su contra. Cuando los opositores a Güemes organizaron en 1819 el partido Patria Nueva, Macacha se encargó de crear, con José Ignacio Gorriti, la Patria Vieja, que asegurará el poder hasta la muerte del caudillo, en junio de 1821.

Tras la muerte de su hermano, Macacha siguió al frente de Patria Vieja, del que participaban otras mujeres, como su madre Magdalena Goyechea y sus sobrinas Cesárea y Fortunata de la Corte. En medio de las disputas por el poder entre miembros de la elite, en septiembre de 1821, Macacha, su madre, su esposo y otros “güemistas” fueron detenidos. Se produjo entonces la Revolución de las mujeres, en las que el “gauchaje” se sublevó y saqueó la ciudad de Salta para poner en libertad a la madre y la hermana del caudillo, que para entonces era apodada “Madre del Pobrero”.

Macacha continuó participando en esa agitada vida hasta 1840. Para entonces se había convertido en una figura reconocida más allá de las banderías políticas. Murió en su querida Salta el 7 de junio de 1866, a los 89 años.



Josefa Tenorio

A finales del siglo XVIII, el 30% de la población de Buenos Aires era negra. Con el pasar de los años la población se redujo debido a las batallas y epidemias, y al día de hoy la presencia de la población negra en la historia de Argentina ha sido silenciada.

Esta es la historia de Josefa Tenorio, una mujer afrodescendiente que como muchos otros no ha tenido reconocimiento en la historia argentina. Esta valerosa mujer era una esclava negra que combatió en el ejército del General Juan Gregorio de las Heras, quien pertenecía al Ejército de los Andes y participó en las batallas por la independencia de Chile y Perú (1820-1821). Se desconoce dónde y cuándo nació Josefa, lo que sí se sabe es que se presentó voluntaria como soldado del ejército para defender a su patria, luchar por la independencia de los países vecinos y conseguir su libertad.

La única prueba de su existencia es una carta que envió a don José de San Martín pidiendo su libertad por los servicios prestados a la patria. Josefa Tenorio al enterarse de que si los realistas ganaban la guerra todos los esclavos que habían sido declarados libres volverían a la esclavitud, decidió vestirse de hombre y alistarse:

“Señor: Josefa Tenorio, esclava de doña Gregoria Aguilar, [...] apenas rugió el rumor de que el enemigo común volvía en septiembre del año pasado a querer esclavizar a los habitantes de esta capital de los libres, cuando me visto de hombre y corro presurosa a recibir órdenes, y tomar un fusil, en efecto, se me alista en

Palacio, con sable y pistola, y con los nombrados voluntarios para consultar el fuerte, patrulleo, ronda y no me excuso a la fatiga. [...] Mi sexo no ha sido impedimento para ser útil a la patria, y si en un varón es toda recomendación de valor, en una mujer es extraordinario tenerlo. Suplico a Vuestra Soberanía que examine lo que presento y juro. Y se sirva declarar mi libertad que es lo único que apetezco”.

A pesar de sus hazañas, Josefa Tenorio no consiguió su libertad inmediata, ni siquiera se sabe si la consiguió, de los documentos históricos que se conservan solo se conoce que el General San Martín escribió una carta recomendando que incluir el nombre de Josefa Tenorio tuviera prioridad en el primer sorteo para la liberación de esclavos.



Pascuala Meneses

Fugazmente aparece en la Historia Sanmartiniana, como un verdadero hito de nuestra argentinidad. Otras muchas mujeres, con justicia, son reconocidas a través del tiempo por sus aportes a la Emancipación Americana. Sin embargo Pascuala Meneses, chilena de origen, apenas brilla, casi olvidada, en nuestra Historia Oficial.

Cuando el Libertador armaba ese magnífico entramado que era el "Ejército de los Andes", cada cual se presentaba con lo que tenía: las madres, un hijo; el comerciante, mercaderías; los ricos, onzas de oro; los pobres, trapos viejos.... ¿y ella, Pascuala, qué? Nada más que si misma...

Se presentó en los cuarteles del Ejército Libertador vestida de hombre, para ofrecer sus servicios a la Patria naciente.

Su nombre dice apenas desfigurado, suprimiendo la última letra. Su edad: 19 años, Profesión: ninguna, Domicilio: Mendoza.

Su vida difícil, el hábito a la intemperie, su codeo con arrieros y campesinos, su hablar zafado y vulgar, seguramente la hicieron ver como cualquier otro muchachón de su edad. Vestida de Granadero se debió ver igual a muchos otros.

Pronto estuvo todo listo para el "vámonos". Se iniciaba la Gesta Emancipadora. Y allí marchó Pascual Meneses con el resto del Ejército de los Andes.

Por el camino de Uspallata rumbo al Valle del Aconcagua partió la columna de Las Heras. Uno de aquellos ochocientos bravos era la niña Granadera.

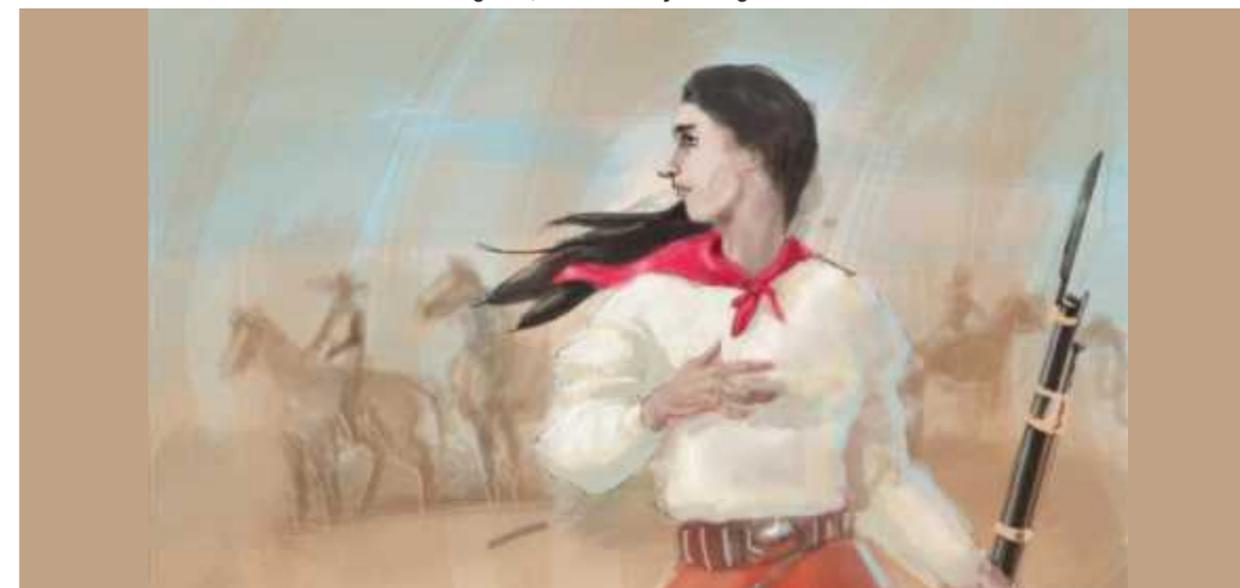
Estaban ya acampados en Uspallata cuando se descubrió el engaño, el flaco y desgarrado

granadero era en realidad una niña. El mismo Las Heras, sorprendido y emocionado, le pidió que se despojara de su uniforme y que volviera a sus pilchas femeninas, y que se despidiese del ejército.

Mucho rogó, mucho lloró aquella niña pidiendo que la dejaran continuar la marcha. Inútiles fueron sus súplicas.

Nunca más se supo nada de la paisanita. Su nombre quedó guardado en las listas del recuerdo, y tal vez, en las memorias de algún viejo guerrero que vuelto de las cumbres del Pichincha, hablando de privaciones, heroicidades y gloria, recordó a Pascual - Pascuala- Meneses, la Granadera.

Debemos recordar a aquella muchacha con verdadera devoción, una simple y humilde paisanita que quiso ir a luchar por la Libertad del Continente.



La india Magdalena



San Martín miraba orgulloso y pensativo a sus soldados. Las columnas azules de la Patria Grande iban saliendo desde el campamento Plumerillo. Los sabía valientes, pero también que muchos de ellos no volverían.

Simultáneamente la india Magdalena, conmovida, también veía pasar a esos hombres, confiando en que ellos lograrían abrir las puertas de la libertad, también para sus hermanos de raza, a quienes el hombre blanco había esclavizado en su propia tierra.

Algún tiempo atrás, San Martín, asomado a su tienda de campaña, miraba hacia el cielo preguntándose quién podría conseguirle el azul que buscaba para sus uniformes, que no perdieran el color.

- Hay una india, llamada Magdalena, que conoce todos los secretos del teñido, mi general. Sólo ella puede lograrlo. Vive en La Consulta, San Carlos.

Cuando estuvo frente a ella, el general, con amabilidad no exenta de firmeza, le preguntó si se sentía capaz de lograr un azul indeleble

que resistiera la acción del viento, la lluvia, la nieve y el sol. Ese sería el color de los uniformes de los libertadores de América.

- Haré todo lo que esté a mi alcance, general, respondió Magdalena.

Aquella india pehuenche de Mendoza, había recibido de sus hermanos mapuches, todos los secretos de las hierbas y colorantes. Sólo los mapuches eran capaces de lograr los más bellos azules, porque ese es su color. El de la Reina Azul que les espera en la otra vida, en el Kallfu Huenú (el cielo azul), junto al Gran Padre.

Y Magdalena, la india humilde, logró el color perfecto deseado por San Martín para aquellos 5.000 uniformes.

Y aquel día de la partida de su ejército, al momento de abandonar el campamento, el Gran Capitán, volvió sus ojos una vez más y buscando los ojos de Magdalena, le dejó, como despedida, una profunda mirada de agradecimiento a esa india que había cumplido su misión en la gesta por la independencia americana.

PROPUESTAS PARA EL AULA

PROPUESTA 1:

• Luego de la lectura de algunas biografías conversamos, debatimos y reflexionamos acerca de la situación de la mujer en la actualidad respecto de problemáticas similares por las que atravesaron las mujeres que participaron en la Independencia argentina.

• Realizamos encuestas a mujeres de diferentes edades (de más de 70 y de menos de 40 años) para obtener datos sobre la educación, la inserción laboral y la elección de pareja en diferentes épocas y para conocer qué cambios se produjeron y cuáles no.

• Buscamos información sobre mujeres que desempeñen un rol activo en la defensa de los derechos de la mujer en la actualidad, para conocer acerca de los organismos que se ocupan de estas temáticas y qué actividades desempeñan.

• Buscamos imágenes de revistas que reflejen a la mujer actual en diferentes situaciones (trabajo, educación, defensa de sus derechos).

PROPUESTA 2:

Pueblos originarios y población afro: luchas del pasado y del presente.

• Leemos las biografías de la India Magdalena, Josefa Tenorio y María Remedios del Valle.

• Introduzcamos a lxs alumnxs en la vida cotidiana colonial y en especial en la vida de los esclavos africanos. Trabajemos a partir de: un relato, un poema, canciones y pinturas. Sugerencias:

• Ropa blanca. Milonga 1943. Música: Alfredo Malerba. Letra: Homero Manzi. Disponible en: <http://www.todotango.com/musica/tema/566/Ropa-blanca/>

<https://www.youtube.com/watch?v=rdFAJojLp3E>

• Pedro Figari, obras: Negras en la puerta o negras en zaguán; Candombe o Candombe de carnaval; Disponibles en: <http://www.museofigari.gub.uy/>

• Reflexionemos y debatamos sobre los siguientes interrogantes: ¿Qué relaciones encuentran entre la invisibilización del aporte indígena y afro en nuestra historia y la actualidad de tales colectivos sociales y culturales? ¿Qué indígenas, afros y mestizos destacaron en el proceso revolucionario argentino o latinoamericano? ¿Qué papel jugaron las poblaciones de pueblos originarios y afro a lo largo de las luchas por la independencia?

PROPUESTA 3:

“Este 9 DE JULIO tendrá como eje a las mujeres, queriendo desde la escuela aportar a la reivindicación de la mujer a través de la Historia. Porque hay muchas mujeres que hicieron mucho por nuestra historia, en lo político, en lo social y en lo cultural, pero en general no han sido visibilizadas.

El realizar estas actividades muestra un trabajo en donde se reivindica el rol de la mujer en la historia pasada, reciente y actual, además de reconocernos como iguales y con los mismos derechos luego de intensas luchas.”

• Dialoguemos sobre el significado de la palabra Libertad, no como sinónimo de “ir al baño solitos”, “poder atarse los cordones o ponerse la campera solos” y “ser más grandes”, sino relacionándolo con la efeméride y con la independencia de Argentina como Nación, separado de otro país que nos gobernaba.

• Registremos en un afiche las ideas que surjan.

• Expresemos en qué aspectos de la vida cotidiana logran tomar decisiones sin necesitar la ayuda de sus padres.

• Reflexionemos sobre lo que ocurrió en aquella época mediante la observación de imágenes.

• Realicemos, mediante el común acuerdo, la Constitución de la sala, donde se establezcan los Derechos y Obligaciones de lxs niñxs.

• Observemos una imagen de la Casa de Tucumán y dialoguen sobre lo observado.

• Realicemos dibujos de banderas para luego incorporarlos a una cartelera.

• Dialoguemos acerca de algunos ideales que se querían cumplir durante la época. Hablen acerca de los ideales que queremos, de lo que deseamos, de nuestros sentimientos y valores.

• Confeccionemos un collage con la palabra Independencia.

• Escuchemos música de la época: carnavalito, malambo, minué, tango, zamba, chamamé.

• Observemos pinturas de la época, analicémoslas y registremos lo visto en ellas.

• Presentemos a lxs niñxs el tema de indagación para comunicarlo en EL ACTO DEL 9 DE JULIO a las familias. Consigna: Vamos a investigar sobre lo que hacían las mujeres antes y ahora.

• Registremos en un afiche los aportes de lxs niñxs sobre los trabajos y tareas que hacen las mamás en sus casas.

Consigna: ¿Qué hacen las mujeres de la casa? ¿Las mujeres trabajan? ¿Qué hacen en su trabajo? Esto nos va ayudar en la investigación que vamos a realizar para contar a las familias.

• Mostremos a lxs niñxs imágenes de mujeres de la actualidad cumpliendo diferentes roles (mamá, doctoras, remiseras, docente, comerciantes, etc.) Algunas de las preguntas orientadoras: ¿Qué ven? ¿Qué están haciendo? Registremos los aportes de lxs niñxs.

• Mostremos a lxs niñxs imágenes de mujeres de 1816 donde se refleje su rol en la sociedad. Las mismas están pegadas en las paredes de la sala para que lxs niñxs puedan observarlas. Mientras lxs niñxs recorren observando las imágenes la/el docente realizará algunas preguntas ¿Quiénes están en las fotos? ¿Qué están haciendo? ¿Cómo están vestidas?

• Al finalizar la observación se registrarán los comentarios de lxs niñxs.

• Invitemos a cada sala a elegir una mujer revolucionaria, una representante de nuestra historia, un referente de la política, la cultura, ciencia, etc. Algunas de las mujeres elegidas (María “Macacha” Güemes, Mariquita Sánchez, Micaela Bastidas, Juana Azurduy, Eva Perón, Abuelas de Plaza de Mayo, M. Elena Walsh) Cada grupo de chicxs investiga sobre la mujer elegida.

• El día del acto se podrá armar una muestra estática en la galería de la escuela donde cada sala presenta todo lo investigado: registros escritos, maquetas, láminas, y hasta videos. Compartir dramatizaciones, canciones, etc., mostrando por qué esas mujeres fueron o son revolucionarias.

Se sugiere la lectura de las biografías expuestas en esta revista.

PROPUESTA 4:

• Leemos algunas biografías de las mujeres que lucharon por la independencia de nuestro país.

• Escuchemos las siguientes canciones:

• Mercedes Sosa. En la casa de Mariquita. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Y8B9Cha-Y2w>

• Mercedes Sosa. Manuela la tucumana. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=c-DTwRrsock>

- Escuchemos otras canciones de mujeres luchadoras y revolucionarias de la Argentina. Se sugiere continuar con el Disco Mujeres argentinas (1969) de Mercedes Sosa. Disponible en: <http://perrerac.org/argentina/mercedes-sosa-mujeres-argentinas-1969/1754/>
- A partir de la lectura y la escucha de las canciones reflexionemos y debatamos sobre los siguientes interrogantes: ¿Cómo eran las mujeres de esos tiempos, según los relatos y las canciones? ¿A qué mujeres de la época nombran? En la época de batalla, ¿Cómo se mostraron las mujeres? ¿Qué sacrificios hicieron las mujeres de la época? Por ejemplo, Juana Azurduy, ¿Qué decisiones tomó? ¿Por qué pensás que actuó de esa manera?
- Realicemos una conclusión sobre el rol y el reconocimiento que tuvieron las mujeres de esa época.
- Reflexionemos sobre el rol de la mujer en la actualidad y la defensa de sus derechos.
- Socialicemos las producciones de los alumnos en un mural que refleje la reflexión colectiva realizada. Exposición de trabajos.

FUENTES:

- Pigna, Felipe. Mujeres tenían que ser. Historia de nuestras desobedientes, incorrectas, rebeldes y luchadoras. Desde los orígenes hasta 1930, Buenos Aires, Planeta, 2011.
- Pigna Felipe. Mujeres insolentes de la historia. Buenos Aires, Emecé, 2018
- Cañás, Jaime. Qué hicieron los agentes secretos en el Río de la Plata, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1970.
- Navamuel, Ercilia. "María Loreto Sánchez Peón de Frías", Salta, 2002.
- Ballarini Olga. Diario Hoy, 23 y 30 de agosto de 1988, Página Educativa Sin Tiza